

HERMANDAD ENTRE LAS TRIBUS

HABLAR DE LA HERMANDAD UNIVERSAL no es nuevo. Heredamos la idea de grandes personajes de la Antigüedad que la persiguieron en sus búsquedas o luchas. Hay quien le atribuye la autoría a Alejandro Magno, en su pretensión de crear un “imperio de lo humano”, donde distintas culturas se fundieran con el helenismo como tronco organizador. Otros a Jesucristo, en el único mandamiento que nos dejó; ese que afirma que debes tratar al otro como a ti mismo, aunque demasiados de sus seguidores conozcan y apliquen mucho mejor los diez del viejo orden.

Hoy el decir que todos los hombres y mujeres somos hermanos se ha convertido en una frase común, que puede ser invocada en múltiples formas. Desde una forma poderosa y magnífica, como en el *Himno a la alegría*, de Beethoven, hasta con la mayor sencillez, como una de las formas más coloquiales del trato cotidiano

Pero, aunque el idioma y las fronteras sean barreras externas reales, las peores barreras para la idea de hermandad universal hoy no son ni reales ni externas, sino imaginarias e internas.



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

entre distintos humanos, en especial en el continente americano (¿Qué hubo, hermano? *What's up, brother?*). Además, por primera vez los seres humanos tenemos instituciones supranacionales, como la ONU o la Organización Mundial de Comercio, y aunque ninguna es perfecta o del todo igualitaria, en sus reglas se enmarcan casi todos los seres humanos del globo. Por si fuera poco, hoy tenemos, como nunca antes, la oportunidad de saber que *realmente* somos iguales. Con total facilidad, podemos prender el televisor y ver un documental sobre culturas extranjeras, o uno sobre comida exótica donde el anfitrión viaje a lugares distantes. O si vivimos en una ciudad, podemos caminar y encontrar turistas con los cuales conversar. Más aún, podemos encontrar en internet, 24 horas al día y 7 días a la semana, a personas como nosotros con intereses parecidos, con quienes podemos “chatear”, hablar, jugar o discutir, siempre que el idioma no sea un obstáculo.

La última frase es importante y nos lleva a lo que *no* nos une. Quizá el mayor obstáculo entre distintos países sea simplemente el idioma. Se estima que existen alrededor de 7.000 idiomas en el mundo y el 90 % de ellos son hablados por menos de 100.000 personas. El 10 % restante son los idiomas mayoritarios, hablados en su vida cotidiana por el 90 % de la población del planeta. Hay unos pocos idiomas gigantescos, con centenas de millones de hablantes nativos, de los cuales los tres mayores son el chino mandarín, el español y el inglés. Pero ninguno alcanza a

cubrir siquiera una quinta parte de la población de la Tierra, y la idea del inglés como nueva *lingua franca* tiene más de mito que de realidad, con excepción de la “elite” económica y de los profesionales que lo necesitan diariamente. Si se añaden las personas que lo han aprendido como segunda lengua, el inglés sobrepasa al español en número de hablantes totales, pero aun así está muy lejos de alcanzar al mandarín, pues el total de hablantes de inglés en el planeta, tanto de nativos como de personas que lo aprendieron como segunda lengua, se aproxima apenas a los 700 millones de personas, es decir, menos del 10 % de la población de la Tierra.

Además, tenemos fronteras. Cientos de ellas, donde prima la desigualdad, con la política como reflejo de la economía. El “peso del pasaporte” es real. Si se tiene un pasaporte de Estados Unidos o de los países con poblaciones más ricas de Europa, Australia y Asia, se podrá viajar al 90 % de los países del mundo sin requerir otro trámite que mostrar el pasaporte en la frontera. Pero si se ha nacido en un país donde la pobreza extrema es una realidad mayoritaria, como Haití, Afganistán o Somalia, los países que recibirán al viajero sin pedirle visa serán solo unos cuantos, generalmente tan pobres como el país de origen. Hoy Colombia, con un ingreso per cápita justo hacia la mitad del total de países, está en el rango medio-alto en aceptación del pasaporte (en el puesto 47 entre 199, de acuerdo con el Índice de Pasaportes de Henley & Partners), luego de que la Unión Europea relajara sus requisitos de aceptación.

Pero, aunque el idioma y las fronteras sean barreras externas reales, las peores barreras para la idea de hermandad universal hoy no son ni reales ni externas, sino imaginarias e internas. En ese sentido, se puede argüir que aquello que más nos unió en el último siglo, el desarrollo tecnológico, es aquello que más nos está separando hoy, en especial a los habitantes de

un mismo país y que hablan el mismo idioma. El problema mayor viene de la información que recibimos. Hasta fecha reciente, unos cuantos periódicos informaban a todos los habitantes de una misma nación. Ahora recibimos gran parte de la información de las redes sociales o de servicios a los que nos suscribimos sin ser ni siquiera conscientes de ello. Los algoritmos en los que esos programas se basan quieren satisfacernos, pues su modelo de negocio se basa en mantenernos contentos, de forma similar a como las cadenas de televisión antes filtraban la información, y, en nombre de mejores *ratings*, se canceló la sección cultural para presentar notas de farándula. Pero cuando aún recibíamos la información de unas cuantas fuentes comunes, el problema era la dictadura de la mayoría; es decir, las creencias minoritarias se ocultaban. Hoy estamos en la dictadura de la tribu, a menos que hagamos un esfuerzo consciente por evitarlo, solo recibiremos información que confirme lo que ya creemos, calculada para producir un efecto en nosotros, bien sea de certeza o indignación. Y esto se siente en especial en las democracias liberales, pues aunque estas tienen pocos mecanismos públicos de censura para filtrar la información, sí tienen muchos privados: es decir, las empresas que nos ofrecerán justo lo que queremos, sea sentirnos confirmados en nuestras anteriores creencias, o indignados frente a quienes creen algo distinto, pues nada se valora tanto en una sociedad de consumo como el confort, y nada es menos confortable que vernos cuestionados en aquello que creemos profundamente.

Dado esto, la paradoja que enfrenta el ideal de la hermandad universal en nuestros días es que la principal amenaza para él no proviene ya de una idea mayoritaria del “Otro externo”: ese que tiene un idioma o una nacionalidad distintos a los nuestros. Aunque aún ese Otro externo siga siendo útil políticamente como

chivo expiatorio para desviar la atención de las causas reales de los problemas sociales de cada sociedad, el mayor problema es el creciente distanciamiento entre los “otros internos,” que surge en gran parte de una sensación de que la información no necesita perseguir una idea de objetividad, sino cumplir el mismo objetivo que cualquier otro bien en una sociedad de consumo: esto es, satisfacer necesidades creadas, incluyendo el confirmarnos en nuestros juicios previos. Para ver mejor la gravedad de ello, se puede hablar del paralelismo que existe entre los ideales de objetividad e igualdad. Ambos son valores sociales inalcanzables como realidad plena, pero ambos *necesitan* ser perseguidos constantemente, porque, en el momento en que dejamos de hacerlo, los valores contrarios, la subjetividad arbitraria y la desigualdad extrema, aumentan y hieren nuestras sociedades de forma tan absoluta que pueden llegar a fragmentarlas. Es un peligro real y que no podemos evadir más. Las fuerzas interesadas en dividirnos son poderosas, así que, si permitimos que esa grieta continúe aumentando sin control, llegará el momento en que la expresión “hermandad” no sea más que un término vacío de contenido incluso entre personas con el mismo idioma y la misma nacionalidad, e incluso quizás un día entre aquellos que comparten un mismo padre y una misma madre, pues ese es el peligro último del auge de las tribus y su visión selectiva: dejar de ver por completo lo que nos une y ver solo lo que nos divide. **U**

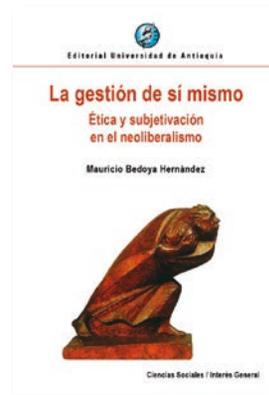


{ Novedades }

Lugares abandonados
Gina Saraceni
Colección Otramina
Editorial EAFIT
Medellín, 2018
60 p.



La gestión de sí mismo
Ética y subjetivación
en el neoliberalismo
Mauricio Bedoya
Hernández
Editorial Universidad
de Antioquia
Medellín, 2018
378 p.



Las muertes del cine
colombiano
Oswaldo Osorio
Editorial Universidad
de Antioquia
Medellín, 2018
220 p.

